

El monasterio rebelde

Monarquía y poder monástico en
el Reino de Valencia (1665-1670)

Fernando Andrés Robres

Rafael Benítez Sánchez-Blanco

Eugenio Ciscar Pallarés



FERNANDO ANDRÉS ROBRES
RAFAEL BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO
EUGENIO CISCAR PALLARÉS

EL MONASTERIO REBELDE

**Monarquía y poder monástico
en el Reino de Valencia
(1665-1670)**

Marcial Pons Historia
2020

ÍNDICE

| | <u>Pág.</u> |
|--------------------------------------|-------------|
| Abreviaturas | 11 |
| Manuscrito encontrado en Madrid..... | 13 |

INVESTIDO DE PODERES

| | |
|---|----|
| Capítulo I. Funestos augurios | 25 |
| Capítulo II. Fray Pedro Galiana y fray Rafael Trobado | 39 |
| Capítulo III. Los privilegios de Valldigna..... | 53 |

LA TOMA DEL MONASTERIO

| | |
|---|-----|
| Capítulo IV. Excomulgado | 77 |
| Capítulo V. ¡Por la fuerza! | 95 |
| Capítulo VI. Conflictos en Madrid | 115 |

CONFESIONES EN CUARESMA

| | |
|--|-----|
| Capítulo VII. Combates y treguas | 133 |
| Capítulo VIII. La obediencia | 149 |
| Capítulo IX. Vida de monjes..... | 165 |

BAJO LA PROTECCIÓN DE SAN JORGE

| | | |
|---------------|-----------------------------|-----|
| Capítulo X. | Intrigas cortesanas | 189 |
| Capítulo XI. | Acorralado | 207 |
| Capítulo XII. | Contraataque veraniego..... | 223 |

EN EL COLEGIO DE MONTSANT

| | | |
|----------------|---------------------------|-----|
| Capítulo XIII. | Don Melchor de Borja..... | 243 |
| Capítulo XIV. | La clausura..... | 261 |
| Capítulo XV. | La muerte del papa..... | 277 |

EL ESCÁNDALO DE LA ZAIIDÍA

| | | |
|-----------------|--|-----|
| Capítulo XVI. | ¡Pase de mí este cáliz!..... | 295 |
| Capítulo XVII. | La Zaidía | 319 |
| Capítulo XVIII. | La agonía final y las dos muertes..... | 347 |

COLOFÓN

| | | |
|------------------------------|--------------------------|-----|
| Capítulo XIX. | La caída de Nithard..... | 377 |
| Epílogo..... | | 403 |
| Nota bibliográfica..... | | 409 |
| Agradecimientos..... | | 421 |
| Relación de personajes | | 423 |
| Índice de ilustraciones..... | | 437 |

MANUSCRITO ENCONTRADO EN MADRID

El investigador, cansado de vaciar los enormes volúmenes de correspondencia inquisitorial del Archivo Histórico Nacional, había decidido aquel día explorar por los fondos de la sección de Consejos Suprimidos. Orientaba sus pasos en aquel océano con un escueto catálogo de documentos del Consejo de Aragón. En él, después de las grandes series de la Cancillería Real, se detallaban algunos registros singulares. Se fijó en las visitas de inspección realizadas a grandes instituciones eclesiásticas del Reino de Valencia. Había varias del Colegio de Corpus Christi, que ya creía conocer por las copias guardadas en el archivo privado de la institución; otras tenían como sujeto al poderoso monasterio cisterciense de Valldigna, el más importante de aquel territorio. Pidió el legajo 49.904. La caja que lo guardaba contenía un libro, tamaño cuarto, encuadernado en pergamino, bien conservado, y unos pocos documentos sueltos. Lo abrió y comenzó a hojearlo. Encontró una cuenta, un índice o tabla alfabética y, después, en la hoja 5, leyó (imagen 1):

«Relación de lo sucedido en la Apostólica y Real Visita del Real Monasterio de Valldigna en el Reino de Valencia, Orden de N. P. S. Bernardo, Congregación de Aragón

Letor mío: Tres motivos he tenido para referir los raros y nunca oídos sucesos de esta visita. El primero, dar a conocer lo que son en la Religión los tiranos, su perdición, sus excesos y cuánto prefieren sus propias conveniencias a las del bien común. El segundo, tener a los ojos las mercedes que en el discurso de ella me ha hecho Dios, para confusión mía y de mi tibieza. El tercero, dar escarmiento a los que los

leyeren de lo que cuesta la desobediencia y rebeldía a los preceptos y órdenes justos y santos de los preladados y reyes.

§ 1. Relación de los motivos de la visita

El M.^o Fr. Raphael Trovado, objeto principal de esta visita, estando preso en Madrid, escribió en el discurso de ella un manifiesto injurioso contra el Ilmo. S.^r Nuncio, contra el Sacro Supremo y Real Consejo de Aragón y su Vicecanciller, D. Christóval Crespí de Valdaura, y contra mis procedimientos. Respondiose a él por un contra-manifiesto en que se contienen los motivos de la visita, a n. 80, que me excusa de referirlos, y son como se siguen.

A los 9 días del mes de octubre, etc.».

Aquello no parecía un informe oficial, y no lo era de hecho. Se trataba de una relación manuscrita que contenía las impresiones de su autor en el curso de una visita de inspección a un monasterio. La frase quedaba interrumpida, también el capítulo, sin conocer cuáles pudieron ser los «motivos». Pero en la página siguiente la narración se reiniciaba: «Tomada por Su Majestad resolución de que yo visitase a Valdigna, escribió [...] en carta de 15 de junio de 1665...». La historia comenzaba, por tanto, a finales del reinado de Felipe IV.

Siguió leyendo aquellas páginas de letra cuidada y renglones rectos. De cuando en cuando la numeración fallaba, e incluso en ocasiones desaparecía. Hacia la mitad del volumen, tras unas cien páginas, desaparecía también el relato: seguían algunas hojas en blanco y después un apartado, desarrollado en veinte páginas de peor letra, titulado «Abusos del Real Monasterio de Valdigna y sus remedios», que no parecía continuar la historia interrumpida; varias planas de cuentas más, otras quince hojas en blanco y, cuando ya temía haber perdido para siempre la continuación de la historia, tropezó otra vez con la cuidada letra del principio que ahora, sin más sobresaltos destacables y a lo largo de otras casi ciento diez páginas, seguía relatando las aventuras y desventuras del autor, que resultó ser un tal fray Tomás Gómez.

Examinó con más cuidado el extraño libro (véanse las imágenes intercaladas). En su origen tenía doce manos o cuadernillos, cada uno de veinte hojas, en total doscientas cuarenta hojas (o cuatrocientas ochenta páginas). Su dueño había reservado las cinco primeras para usarlas de índice y había numerado el resto, con algunos errores. En él comenzó a tomar notas de su tarea: anotó primero los nombres de todos los religiosos del cenobio; luego fue abriendo apartados, que

reflejaba en el índice, para cada uno de los aspectos que tenía que inspeccionar: los había dedicados al refectorio, a la cocina o al dormitorio; otros se referían a las actividades de los monjes: oficio divino, estudios, silencio, clausura, salidas y tratos. Una tercera categoría incluía fichas de personas: el abad, el prior, el síndico y el maestro de novicios tenían las suyas. Otra parte del libro se usó como cuaderno de cuentas. Pero un buen día decidió darle otro destino y arrancó hojas, insertó otras, cuadernillos enteros incluso, para escribir *su* historia, aunque también continuó haciendo anotaciones contables y nuevos listados. En ocasiones volvía sobre lo escrito en el relato y añadía episodios que se le habían pasado por alto, pegando hojas intercaladas. Pero al llegar a principios de julio de 1667 la narración se interrumpía definitivamente, y no porque el libro hubiera sido mutilado. Una última anotación lleva fecha de 8 de agosto. En total había escrito unas doscientas treinta páginas.

El argumento, entrevisto apenas, le pareció intrigante: según su propio testimonio, el visitador habría sido rechazado y humillado en su primer intento de acceder al monasterio, y había debido regresar auxiliado del brazo secular, esto es, de hombres armados mandados por un oficial del rey. Solo así fue admitido, tras lo que inició la inspección, que puso de manifiesto múltiples «vicios», grave alguno —relajación, parcialidades— y hasta escabrosos otros: monjes amancebados y violentos hasta el asesinato. La resistencia no amainó; al contrario, enconados en lo jurídico y en lo personal, los religiosos rebeldes buscaron amparo en múltiples instancias al tiempo que habrían intentado administrar arsénico a fray Tomás. Pero tampoco era Gómez hombre inerme ni fácil de intimidar: se defendía y replicaba con medidas diversas. El final de la historia... faltaba.

* * *

La gran sala, fría y desangelada, del Archivo Histórico Nacional se había ido quedando vacía. El encargado asomó la cabeza por la ventanilla y voceó el grito ritual: «¡La hora!». El tiempo había volado mientras leía aquel manuscrito. Lo introdujo en la caja de cartón polvoriento, ató esta en la forma habitual sobre la maciza mesa, la devolvió al ordenanza y abandonó el edificio.

Había tomado unas pocas notas. Las justas para comprobar si la trama era conocida y para intentar localizar a los principales perso-

najes. Los días posteriores repasó la bibliografía básica sobre el monasterio de Valldigna y encontró algunas referencias a la visita en libros y artículos de no fácil acceso. El erudito José Toledo y Girau, sin duda uno de los mejores conocedores de su historia, hombre curtido en su archivo y custodio de una crónica de los abades de Valldigna que escribiera fray Esteve Gil a mediados del siglo XVIII, había dedicado nueve líneas a la que él llamaba «visita castellana»; le achacaba graves turbulencias, pero nada explicaba; supimos después que, probablemente, más bien ocultaba.

Algunas noticias más obtuvo de un trabajo de Eufemià Fort i Cogul, monje cisterciense, sobre las relaciones entre el monasterio catalán de Santes Creus y el de Valldigna. Dedicaba especial atención a la figura del padre fray Pedro Salla —uno de los personajes importantes que aparecían en el manuscrito—, abad que había sido de Santes Creus, pero desterrado después del Principado y colaborador de fray Tomás Gómez en su tarea. Además, al extractar un memorial de fray Rafael Trobado, el gran opositor a la visita, comprobó que la relacionaba con un altercado que habría tenido lugar ya en 1668 en el monasterio de monjas de la Zaidía de Valencia, protagonizado por el propio Salla, que por entonces gobernaba Valldigna, porque, según se recogía también, Gómez habría huido a Montserrat. Esto le recordó que Sebastián García Martínez, al referir asuntos de orden público en la Valencia de la época, aludía a un sacrílego escándalo en la Zaidía, aunque no lo relacionaba con visita alguna. Sabía así que las tensiones generadas por la visita habían continuado por lo menos un año más después de que el relato se interrumpiera en el verano de 1667, y que había tenido importantes repercusiones en la ciudad de Valencia.

Entretanto, el investigador regresaba al relato de fray Tomás en cuanto podía. Le había atrapado. Por la compleja arquitectura del libro; por la pulcra escritura de la narración frente a lo desgarbado de otras anotaciones de gestión y contables; por el anecdotario que iba desgranando; por la pasión que su autor transmitía. Y, quizá sobre todo, por la dimensión que el asunto habría al parecer adquirido, que trascendía claramente el ámbito de lo local en varias direcciones. Por sus páginas desfilaban, no solo el presidente, o vicescanciller, del Consejo de Aragón y el nuncio de Su Santidad, la más alta representación de la Iglesia de Roma en la Monarquía Católica; lo hacían también el

mismísimo rey Felipe y su segunda esposa, que muy pronto habría de cargar con la responsabilidad del gobierno.

Releyó entonces, para explorar esas nuevas sendas, diversos estudios sobre el reinado de Carlos II. Nada decía al respecto el duque de Maura en su más conocida obra; pero en otra, inacabada —*Carlos II y su corte*—, apuntaba de pasada que uno de los motivos del enfrentamiento entre el padre jesuita Everardo Nithard, confesor y consejero de la reina regente doña Mariana de Austria, y el vicescanciller don Cristóbal Crespí, habría sido «un negocio del convento valenciano de Valldigna». Podía tratarse de la visita de fray Tomás, pero ¿cómo un episodio en apariencia provinciano había llegado a influir en la lucha política del gobierno de la Monarquía? Era algo que de momento ignoraba. En verdad, la historiografía contemporánea conocía bien poco sobre la visita al monasterio de Valldigna de 1665.

Maura hacía referencia a las memorias inéditas de Nithard, que el investigador tendría que consultar. Cuando lo hizo, encontró en el libro 15 del volumen VI diversos documentos que explicaban los motivos de la enemistad entre Nithard y Crespí y en los que se aludía también a la visita de Valldigna. El vicescanciller había dejado también un *Diario*, pero, desafortunadamente, no había en él alusiones directas e inequívocas a la visita.

Acudió, a continuación, a dos repertorios clásicos: la *Bibliotheca Nova*, de Nicolás Antonio, y la *Bibliotheca Cisterciense*, de fray Roberto Muñiz, y en ambos encontró a fray Tomás Gómez. Era natural de la villa de Coca, diócesis de Segovia. Había tomado el hábito del Císter en el monasterio de Nogales (León) en 1626. Enseñó Teología y Filosofía durante siete años, ocupó diversos cargos directivos en la Orden, como los de secretario, visitador y predicador general, y llegó a ser abad de los monasterios de Meira (Lugo) y de La Espina (Valladolid). Y era autor en alguna medida de tres obras impresas: *De Veteri Monachatu et regulis monasticis*, publicada en Lyon en 1662, en que continuó a fray Francisco Vívar; *Reformación del canto llano* (Madrid, 1649), donde su nombre aparecía vinculado al de fray Pedro Ureña; y *La regla de San Benito en castellano, con notas* (1647). Si ambos catálogos acababan la breve nota biográfica refiriéndose a su actuación en la Corona de Aragón, Nicolás Antonio era más explícito y hacía mención a la visita del monasterio de Valldigna y a la muerte del visitador en Barcelona.

Fray Roberto Muñiz hablaba también del principal antagonista. El investigador copió lo que decía de fray Rafael Trobado: